

**OTROS TÍTULOS PUBLICADOS**

- MARÍA BAHAMONDE**  
*Cabalgando por tierras de nadie*
- LEVI GARCÍA BERLANGA**  
*Los Cuadernos inéditos*
- RUSUDA N. WAINWRIGHT**  
*She loves you*
- BASILIO RODRÍGUEZ CANADA**  
*Suma poética*
- CARLOS CHAQUEZ**  
*Canciones, poemas y otros textos*
- ÁUREA BÉNEZ ANDRÉS**  
*Al infierno con mi candil*
- ANTONINO NIETO RODRÍGUEZ, COORD.**  
*Las mejores historias de amor*
- FERNANDO DE OBRANDEA**  
*La gran estufa del PPSO*
- RAMÓN BRIGOTES**  
*Cuentos reunidos (1991-2012)*
- DIESSIS GRANDE**  
*La revolución de un narrador: Osvaldo Soriano*
- VÍCTOR MATELLANO**  
*Colín Arthur. Criaturas, maquillajes y efectos especiales*
- BERNABO SÁNCHEZ SALAS**  
*José Luis Borau. La vida no da para más*



**L**ástima no ser un héroe es una novela realista sobre los momentos en los que nos sentimos perdidos. Sobre esas épocas en las que no somos capaces de dilucidar cuál es el camino a seguir, cuál la decisión correcta. Una historia que aborda el acoso escolar del que es víctima Adrián, y el complejo universo que conforman agresores, compañeros, padres, profesores...



Adrián es un estudiante de dieciséis años. Su mayor anhelo, que transcurran de un plumazo los dos cursos que le restan para finalizar el instituto. Solo entonces podrá abandonar aquellos muros y comenzar una nueva vida en otro lugar. Tal vez en la universidad de una ciudad diferente. Un lugar donde empezar de cero.

La incomprensión que recibe de gran parte de sus compañeros no le ha supuesto mayores problemas hasta ahora. Sin embargo, Adrián no sospecha que Jaime y los demás están dispuestos a ir un paso más allá. Situaciones en las que no se conformarán con humillarle en clase o insultarle en los pasillos.

El protagonista encuentra su vía de escape en la música. Más que una afición para él, es su gran pasión. Su particular forma de conectar con sus emociones y la llave que le ayudará a reflexionar sobre sus sentimientos más profundos e inaccesibles.

El papel que van a jugar los compañeros de clase del protagonista y una amiga misteriosa, junto a las decisiones que afrontarán sus padres y sus profesores, decantarán el desenlace de la situación de acoso que sufre Adrián.

PEDRO RUIZ GARCÍA

ISBN 978-84-15916-25-3



9788415916253

**Pedro Ruiz García**  
**Lástima no ser un héroe**

LÁSTIMA NO SER UN HÉROE PEDRO RUIZ GARCÍA



**Pedro Ruiz García** nació en 1978 en Quintanar del Rey, Cáceres. Curso estudios de Magisterio en Albaladejo. Ha trabajado en varios colegios y residencias escolares de Castilla-La Mancha y en Centros Educativos del Exterior de Colombia y Marruecos. Ha participado en diversos festivales de Encuentro con el autor. Actualmente imparte clases en un colegio de Primaría de Guadalajara.

Entre sus publicaciones cabe destacar la novela *El régimen del acortamiento*, finalista en el año 2012 del Premio de Librerías Juvenil Gran Angulo y finalista del Premio Mirandache 2014 de Jerónima Ledesma de Carrión, Murcia, y publicada en la Editorial SIAL. En el año 2006, su novela *Abuelo chico* que versa acerca sobre el Premio Trío de Narrativa Juvenil «Editorial SIAL». En el año 2008 publicó el libro «Cuentos Especiales» en la colección Alarma de Editorial Brava. Este mismo año, el libro interactivo «Misterio en el Reyes» fue publicado por el Centro Cultural Español Reyes Católicos de Bogotá, Colombia, y se puede leer en la página [www.palmonaeditores.com/brava/interactivos/misterio](http://www.palmonaeditores.com/brava/interactivos/misterio). Con el cuento *La vida no da para más*, consiguió el Acertón del Certamen Nacional de Calamonte en el año 2006. Es autor del artículo periodístico «Adaptación de los alumnos inmigrantes en el colegio», que aparece en el segundo número del año 2007 de la revista valenciana *Elipso*, del viento revista que aborda la problemática infantil internacional.



# LÁSTIMA NO SER UN HÉROE

PEDRO RUIZ GARCÍA



Esta primera edición de *Lástima no ser un héroe*,  
de Pedro Ruiz García,  
se acabó de imprimir el 25 de febrero de 2014,

.....

© del texto: Pedro Ruiz García

© de la foto de la cubierta: Miguel Ángel Zamora García

© PIGMALIÓN EDYPRO, S.L.

Bravo Murillo, 123, 3.º Izda. • 28020 Madrid (España)

Correo electrónico: [info@pigmaliionedepro.es](mailto:info@pigmaliionedepro.es)

Teléfono: 91 535 41 13

Diseño de la colección: Pigmalión Edypro

Edición al cuidado de Basilio Rodríguez Cañada

La reproducción total o parcial de este libro, incluido su diseño, sin  
autorización de los titulares del *copyright*, vulnera derechos reservados.

ISBN: 978-84-15916-25-3

Depósito Legal: M-200-2014

Impreso en España

(Unión Europea)

*Lo más atroz de los malos actos de la gente  
mala, es el silencio de la gente buena.*

MAHATMA GANDHI

1

—Casi dos años después, la Audiencia ha dictado sentencia por las

agresiones y amenazas de una estudiante de Secundaria a una compañera de clase y a su profesora.

Mientras el presentador del noticiario continuaba hablando, una secuencia de imágenes de escasa calidad ocupó la pantalla.

La madre de Adrián se disponía a coger unos yogures para el postre, y al mirar el televisor, se quedó con la puerta de la nevera abierta.

Alguien había grabado con un móvil cómo una chica se aproximaba por detrás hasta una compañera y le bajaba los pantalones del chándal. La clase todavía no había comenzado y el resto de compañeros se limitaron a reír la gracia. A continuación, una profesora entraba en el aula y le recriminaba su conducta.

—Tras presenciar que una de sus alumnas hostigaba a otra —continuó el presentador—, la profesora le ordenó que se marchara del aula.

Ante su negativa, la docente la sujetó del brazo para obligarle a salir.

La menor se resistió dándole varios golpes en el pecho que le causaron lesiones leves. Más tarde, a la salida de clase, la estudiante volvió a increpar a la profesora con insultos y amenazas.

—¡Lo que hay que ver! ¿Cómo se entiende una cosa así? —se sorprendió Braulio, mirando un instante a su hijo para, un segundo después, volver a concentrarse en la pantalla.

Adrián recibió la mirada de su padre encogiéndose de hombros.

«¡Que sea joven no quiere decir que entienda las estupideces que hacen otros jóvenes!». Estuvo a punto de decir.

—El Juzgado de Menores —prosiguió el noticiario— ha impuesto a la alumna setenta y cinco horas de prestaciones en beneficio de la

comunidad y la permanencia en su domicilio durante tres fines de semana...

Josefina había colocado los yogures encima de la mesa, aunque ni su marido ni su hijo les dedicaron demasiada atención.

Comenzaban a repetir por tercera vez las imágenes en el momento en el que Adrián se levantó de la silla.

—Voy a preparar la mochila para mañana.

Braulio y Josefina dejaron de mirar la televisión. Su padre iba a exigirle que se volviera a sentar hasta que terminasen de cenar, pero su esposa se anticipó a sus palabras.

—Vamos, hijo, si no te has comido el yogur.

—Aún me quedan algunos ejercicios por hacer. Además, no tengo hambre.

Adrián abandonó la cocina sin importarle demasiado que las miradas de sus padres le acompañasen hasta desaparecer tras la puerta.

2

**R**evisó los libros que necesitaría para las clases del lunes y cerró la

cremallera. Se recostó sobre el respaldo de la silla del escritorio y permaneció con la mirada abstraída en su mochila roja.

Por un instante, Adrián dejó de prestar atención a la música que le llegaba por los auriculares.

Se trataba del último *single* de un cantante atípico, un antiguo soldado inglés que había abandonado el uniforme para cantar canciones antibelicistas. Resultaban excesivamente melódicas y lentas para su estilo, pero aquella en concreto desprendía una chispa que la hacía pegadiza.

La había escuchado docenas de veces y había traducido su letra para intentar empaparse más de ella. Le encantaba su ritmo, sus giros melódicos, el mensaje que transmitía... Lograba activarle ese resorte interior y recóndito con el que dan muy pocas canciones. Sin embargo, en esta ocasión apenas le prestaba atención.

Suspiró con desgana sin desviar los ojos de su mochila. Con la mirada perdida. Observándola pero con la mente anclada muy lejos de allí. No conseguía apartarse de la cabeza que era domingo: otra vez domingo.

Sus pequeños ojos dorados se mantenían serenos, cautos, y sus labios dibujaban una línea recta. Siguió contemplando la mochila hasta que sintió que su mirada se volvía tediosa. En ese punto apartó la vista. Aquel cúmulo de sensaciones no suponía ninguna novedad, y ya sabía qué venía después.

Definitivamente, había dejado de escuchar la música. El ambiente fresco de la habitación, propio del mes de marzo, pareció subir unos cuantos grados de repente.

Adrián se puso en pie impulsado por un muelle invisible. Con la urgente necesidad de moverse, se aproximó hasta la estantería que acumulaba su mayor tesoro. Más de dos centenares de discos compactos, en su mayoría originales, que componían un *collage* de música de lo más diverso –aunque sobre los diferentes estilos predominaban el pop, la música *indie*, el *hip-hop* y el rock, tanto en inglés como en castellano–.

La música era su mayor pasión. No solo la entendía como una serie de artistas o grupos y sus canciones, en realidad le apasionaba todo el universo que giraba alrededor de la música. Escuchaba cualquier programa musical que se le pusiera a tiro en radio o televisión, conocía la biografía de sus artistas favoritos, los rumores que giraban en torno ellos, las discográficas que los contrataban, se interesaba por sus giras, veía sus conciertos –siempre en televisión, menos una vez que sus padres le acompañaron a Barcelona para ver a U2–, sabía de memoria docenas de canciones, traducía del inglés las que más le atraían, analizaba

el sentido de sus letras...

Leyó algunos títulos intentando distraerse. Enseguida comprendió que por mucho tiempo que pasase frente a sus discos no conseguiría alejar la desazón que sentía, el nudo que se le ponía en la garganta cada vez que por su cabeza cruzaba el madrugón de los lunes y que, inevitablemente, le devolvía a la rutina del instituto.

La ansiedad que le producía este pensamiento no tenía nada que ver con la novedad de un curso que ya había cruzado su ecuador. O con que el inicio de semana le deparase algún gran acontecimiento.

Para Adrián, mañana era un día normal. Un día más. Pura rutina.

La línea de sus labios cedió sutilmente. Fue un gesto casi imperceptible pero que le provocó una punzada.

Había perdido la cuenta de cuántos había dejado atrás. Tal vez esto era lo que más le preocupaba. Ya solo se trataba de un día más.

Se aproximó hasta la cama y se quitó los enormes y mullidos pantuflos que sus padres le habían regalado por su decimosexto cumpleaños.

Después de poner desde el inicio la canción del ex-soldado inglés, se tumbó sobre el edredón y fijó la mirada en la persiana cerrada, justo en dirección contraria a donde se encontraban el escritorio y su mochila de clase.

Subió el volumen y cerró los ojos con la intención de que la música le aislara de todo lo demás.

Eso era para Adrián lo más maravilloso de la música. De pronto, te cruzabas de manera casual con una canción y, por alguna razón inexplicable, te atrapaba. Te creaba la necesidad de volver a escucharla una y otra vez.

Pero la sensación más placentera, el efecto más mágico y estimulante que solo unas pocas canciones provocaban, era que no importaba cuántas veces las escucharas; siempre localizaban el misterioso resorte que te desencadenaba una efervescente agitación en el estómago. Siempre lograban emocionarte.

3

C

omo tantos lunes, Adrián cruzó la verja del instituto envuelto por

la música que fluía por los auriculares de su *smartphone*. Llevaba algunos minutos de retraso.

Los pasillos de la planta baja comenzaban a superar el caos que se producía cada mañana a la hora de la entrada. La mayoría de los rezagados avanzaban con calma en pequeños grupos, conversando entre risas y sin importarles mucho que ya hubiera sonado el timbre para entrar a clase.

Él caminaba solo.

Subió hasta la primera planta embelesado en un tema de Robbie Williams, «Angels». De todas las que acumulaba el artista, esta era una de sus canciones preferidas. Y no solo por sus coros y sus cuerdas. En su época más oscura, cuando la mayoría de críticos lo tachaban de fracasado, con ella resurgió. Cerró un buen número de bocas y, definitivamente, se colocó entre el grupo de cabeza de los músicos británicos de su generación.

Adrián consultó el reloj y aceleró el paso.

Estaba a punto de alcanzar el pasillo en el que se ubicaba su clase cuando, de repente, sintió un manotazo en el cuello. Ambos auriculares salieron despedidos y quedaron colgados a la altura de su vientre.

Jaime, uno de su clase, acababa de propinarle una colleja con la mano hueca, amortiguada. El impacto resultó nimio pero originó un gran estruendo.

—¡Eh, *maricon*! ¿Hoy no te has puesto guapa para mí?

Los gritos de Jaime eran tan desproporcionados que nadie que rondara a menos de quince metros tuvo problemas para escucharlos.

El golpe le sobresaltó y le hizo ponerse rígido como un palo. Adrián

poseí serias dudas de que Jaime dominara más de doscientas palabras, de las cuales, aproximadamente la mitad de ellas serían insultos.

Al igual que él, cursaba primero de Bachiller, con la salvedad de que Jaime era la segunda vez que lo hacía. Era alto, de cuello ancho y musculatura suficientemente marcada para que bastase un rápido vistazo para observar su costumbre de machacarse en el gimnasio. Su conducta de desidia y pasotismo en clase resultaba incluso mayor que su afición a las pesas. Adrián mantenía la esperanza de que este año volviera a repetir para perderlo de vista el próximo curso.

Respiró con cansancio. A pesar de todo, Adrián se dijo que lo mejor que podía hacer era seguir avanzando.

Antes de haberse alejado un par de metros, algunos de los que se encontraban junto a Jaime le interrumpieron el paso. Adrián se detuvo, pero ni siquiera se atrevió a mirar a los ojos de los que se habían puesto delante. Sin levantar la mirada buscó una salida entre la nube de piernas de Jaime y los otros que solían andar con él.

Recibió un empujón que le hizo trastabillar.

No supo si se lo había propinado Jaime o Rícar, el mejor expediente de la otra clase de primero y a quien a primera vista no le pegaba mucho aquella compañía; pero que allí estaba.

—Subnormales —masculló Adrián.

—¡Uy, que se enfada la gatita! —se mofó Jaime.

El golpe no le había dolido físicamente. En cambio, el ritmo cardíaco de Adrián se había disparado, como si una prensa estuviera comprimiéndole el corazón.

La gente que circulaba por las inmediaciones se quedaba mirando unos instantes y, enseguida, proseguía caminando con un halo de indiferencia.

Al principio, a muchos les resultaba divertido observar a Jaime en su papel de matón. Y, semana tras semana, Adrián había comprobado que era cierto el mensaje de aquella peli, El señor de las moscas, que les pusieron en clase: cuando una persona se convertía en parte de una masa social perdía humanidad y ganaba salvajismo. Sin embargo,

igual de cierto era que la gente no solía prestar excesiva atención a algo cuando dejaba de ser novedoso.

La escena no era nueva y, quizás por este motivo, casi nadie reparaba en ellos. Ni con la intención de presenciar el espectáculo, ni con la de impedirlo: para Adrián resultaba evidente que algunos de sus compañeros repudiaban aquel comportamiento abusivo, pero que en absoluto les agradaba la idea de arriesgarse a convertirse en «el nuevo pobre infeliz».

Él no les reprochaba nada a los que veían, oían y callaban. Adrián aborrecía los líos tanto como las injusticias pero, sintiéndolo mucho, habría actuado igual. ¿A quién le apetece enfrentarse a semejante grupo de energúmenos?

Lamentaba su suerte, eso sí. Y lamentaba mil veces el día que le eligieron como punto de atosigamiento constante. Y lamentaba mil veces el día que nació Jaime. Por lo demás, sentía pena por él y por los cuatro que le acompañaban habitualmente.

El único que le preocupaba era él mismo. Todavía le faltaba toda una eternidad –un año y medio– para terminar el instituto. Por desgracia, últimamente, la energía interior que siempre le había permitido sentir como una realidad el día que saldría de aquellos cuatro muros, camino a una nueva vida con nueva gente en una universidad lejana, parecía desvanecerse estrepitosamente.

Adrián insistió en su intento de alejarse; con la barbilla pegada al pecho, humillado y asqueado, pero sin demostrarlo en sus pasos cortos y rápidos.

Tras unos cuantos zarandeos, tan inesperadamente como había empezado el acoso, los otros permitieron que se marchara.

«¡Cabrones!». Murmuró Adrián con los dientes apretados cuando se vio fuera de peligro. «Mañana vendré con las lentillas aunque solo sea para joderos».

Giró por el pasillo escuchando como soniquete las carcajadas y los gritos de mofa de Jaime y el resto.

Volvió a ponerse los auriculares y desaparecieron de su universo.

La música. ¿Qué haría sin ella?

Su sangre hervía por el encontronazo. A pesar de ello, tenía más que asimilado que no le daría a Jaime el placer de enfrentarse a él. Sin detenerse, se concentró en dejar vía libre al torrente de notas musicales que le llegaba por los cascos.

Las risitas de los cinco jóvenes las interrumpió Dori. Se trataba de la chica que salía con Rícar, y que también pertenecía a su clase de primero de Bachiller.

—Hola —la saludó Rícar.

Lejos de contestarle, Dori lo agarró de una muñeca con la energía de un vendaval y lo arrastró a salvo de miradas indiscretas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le reprochó Rícar en cuanto se alejaron unos metros.

—¿Os ayudo a pisotear al chaval o podéis entre los cinco? —los ojos translúcidos de la chica echaban chispas y su habitual expresión risueña la ocupaba una mueca mitad furiosa mitad ofendida.

—Solo era una broma, además yo ni he abierto la boca.

—No sé qué es peor —dijo y empezó a alejarse hacia clase.

—¡Espera, un momento! ¡Dori! ¡Dori!

Ella se limitó a hacer un gesto de desaire con la mano sin llegar a girarse. Andando a toda prisa.

4

**A**drián giró la llave y traspasó el umbral de la puerta. Cargaba con

su mochila roja del asa y mantenía la espalda ligeramente encorvada —lo suficiente para que sus mechones negros y algo rizados oscilaran

con cada paso—. Era de los más bajos de su clase, y su gran delgadez tampoco ayudaba a mejorar su aspecto de fragilidad.

Una voz salió a su encuentro desde la cocina.

—¿Adrián?

—Hola, mamá —respondió desde el pasillo.

—¡Llegas tarde, hijo! ¡Te estamos esperando para comer! —apremió Josefina.

—Ya voy.

Josefina trabajaba como administrativa en una empresa de transporte, en un polígono industrial cercano, y solía llegar a casa quince o veinte minutos antes que su hijo y su marido. La mayoría de los días la encontraban terminando de preparar la comida.

Adrián se dirigió a su cuarto y todavía permaneció unos instantes escuchando la canción de Queen que acababa de arrancar en su *smartphone*. Al igual que le había ocurrido con otras canciones cantadas en inglés con las que había quedado encandilado, había traducido su letra.

*Tuve un sueño  
cuando era joven,  
un sueño hecho de ilusión dulce,  
un resquicio de esperanza y hermandad,  
y visiones sobre una dulce unión.  
Pero sopla un viento frío,  
y cae una lluvia oscura.  
Eso le muestra a mi corazón  
lo que ellos le han hecho a mi sueño.*

[...]

Recordaba perfectamente la primera vez que escuchó aquella canción, «One Vision», del álbum «A Kind of Magic». Tenía trece años y sonaba de fondo durante un viaje a la playa que realizó con sus padres. Su padre le dijo que el grupo que cantaba se llamaba Queen. En los días siguientes, llevó a cabo incesantes averiguaciones de su trayectoria, su discografía, el significado de sus letras, el liberalismo al que

representaba... Más que por tratarse de la canción que le dio a conocer al que se había convertido en uno de sus grupos favoritos, «One visión» poseía un significado especial porque, con ella, empezó a descubrir un universo íntimo que discurría paralelamente al mundo físico en el que se desenvolvía junto al resto de personas: el universo musical.

Un universo por el que sentía auténtica devoción.

Se quitó los auriculares y aplazó la tarea de eliminar las canciones de su teléfono que ya no escuchaba. Colocó la mochila sobre el escritorio y sintió un gran alivio al pensar que hasta el día siguiente no tendría que volver a cargar con ella.

El puré de patatas se encontraba servido en los platos, pero ni Josefina ni Braulio habían empezado a comer. Adrián se sentó en la mesa y optó por forzar una sonrisa ante la escrutadora mirada de su madre.

—¿Qué tal el día? —preguntó Josefina.

—Como siempre.

—¿Y las clases?

—Otro día más, mamá. Los días en el instituto siempre son iguales

—concluyó, intentando zanjar el tema.

Adrián se apresuró en comerse el puré y una mínima porción de pescado y se levantó de la mesa.

—Voy a tumbarme un poco antes de empezar con la tarea.

—Pero si no has comido nada —dijo su madre, quien visiblemente se esforzaba por mantener la calma.

—No tengo mucha hambre —respondió y se puso en pie.

Braulio dejó de mover el cuchillo y el tenedor sobre el filete de lenguado.

Se mantuvo en silencio y exclusivamente alzó la vista cuando su único hijo ya desaparecía hacia su habitación. Estuvo a punto de detenerlo, pero en el último momento se decantó por permitir que se marchara. ¿Para qué provocar una discusión que no conduciría a nada?

—A este niño le pasa algo —suspiró Josefina.

Braulio venía sospechando lo mismo desde algún tiempo.

—Está en una edad difícil, mujer —dijo, sin embargo— a su edad tienes las hormonas descontroladas, las chicas te absorben y por cualquier cosa se te viene el mundo encima. Verás como en unas semanas...

—Conozco a mi hijo y te digo que le pasa algo —le interrumpió Josefina.

—¿Cuántas veces le hemos preguntado ya en el último mes? —alegó Braulio, cambiando el tono—. ¿Cuatro, cinco...?

—Me da igual lo que diga. Tú lo ves como yo cada día: no habla, no come, casi no sale..., es que ya ni siquiera ve la televisión con nosotros. Lo único que hace es pasarse las horas muertas en su habitación; estudiando, escuchando música, conectado a Internet o sepa Dios haciendo qué.

Braulio suspiró con consternación. Era consciente de que su esposa no exageraba ni un ápice. También de que lo tenía más fácil que ella para abandonar el trabajo durante un par de horas.

—La semana que viene habrá menos papeleo en el banco. El miércoles me pasaré por el instituto para hablar con su tutor.

Josefina no llegó a sonreír pero la expresión de su rostro —de ojos castaños y almendrados, de tez pálida y nariz pequeña— se suavizó ostensiblemente.

Ambos permanecieron en silencio. Se dejaron absorber por la voz monótona que explicaba el parte meteorológico de los próximos días y se concentraron de nuevo en el pescado, sin importarles el hecho de que hubieran perdido el apetito.

5

**J**aime y Rícar avanzaban por la galería del centro comercial con la

mochila colgada de un hombro. El primero con pasos grandes y recorriéndolo todo con la mirada, Rícar con la vista distraída exclusivamente en los escaparates. Algo más retrasado, les seguía Josema.

Algunos locales abrían sus puertas en esos momentos, otros, en cambio, no cerraban por la tarde, así que siempre había algún sitio en el que emplear el tiempo; escuchando lo último en los expositores de música, probándose ropa que —excepto Rícar en contadas ocasiones— jamás compraban, jugando con las vídeo—consolas de las tiendas de electrodomésticos, bebiendo unas *litronas* en los rincones que formaban los muelles de descarga, pasando al cine si había alguna peli americana con los suficientes efectos para que mereciera la pena...

Un reloj que colgaba del doble techo estaba a punto de alcanzar las cinco de la tarde, pero desde que salieron de clase, dos horas atrás, ni Jaime, Rícar o Josema había aparecido por casa.

Rícar, al poco de regresar de las vacaciones de Navidad, un par de veces por semana empezó a decir a sus padres que se quedaba a comer en casa de algún amigo; y a su posterior estudio, decía. Ellos, acostumbrados a sus buenas notas, nunca ponían objeciones. Ni tan siquiera llamaban por teléfono. Su hijo jamás les había dado un motivo para dudar; no obstante, las notas del último trimestre todavía se demorarían un par de semanas.

Josema lo tenía más fácil. Él no tenía que dar explicaciones si no iba a casa a comer. Sus padres estaban divorciados. Y su madre, que era con quien vivía tras la decisión del juez, no terminaba su jornada en la farmacia hasta las ocho.

El caso de Jaime era diferente.

—¡Eh, Jaime! —Rícar lanzó el grito y se quedó absorto en el escaparate

de una tienda de electrodomésticos.

Este se aproximó e interrogó con la mirada a su amigo.

—El nuevo modelo de *I-phone* —comentó Rícar sin apartar los ojos del aparato—. En cuanto pueda vengo con mi padre.

—¿Tú has visto lo que vale?

—Chaval, que soy el mejor expediente de mi clase.

—¿Y?

—Cómo que «¿y?» —dijo Rícar con sorna—. Eso es lo único importante.

A nuestros viejos no les importa nada más —sentenció.

Desvió la mirada y quedó con aire pensativo, como si de pronto hubiese recordado algo importante. Su expresión perdió naturalidad y se transformó en una mueca neutra. La expresión de sus ojos, verdes y grandes, palideció durante unas décimas de segundo.

El aforo del centro comercial iba aumentando lentamente y a pesar de que gente de diversa edad y condición se movía por el pasaje, Jaime localizó dos pares de brazos que se agitaban como los de náufragos desde una de las mesas de la terraza del Burger Maxi.

—Allí están —sonrió Jaime.

Rícar empezó a andar un paso por detrás de Jaime, agradecido de que los otros dos hubieran sido puntuales por una vez. A la zaga, tan silencioso como una roca enorme, les seguía Josema.

Por motivos varios, Vergara y Chito se habían visto obligados a ir a casa después del instituto. Al primero no le valían las excusas, para sus padres era cuestión innegociable que a las tres y cuarto estuviera sentado en la mesa frente al plato. Después, las tareas de clase durante un par de horas. Y luego, de las seis en adelante, podía salir —tal y como aconsejó Paco, su tutor y profesor de literatura, en la reunión de padres de principios de curso—. La única razón por la que aquel día había salido antes era porque había asegurado que tenía que hacer un trabajo en la biblioteca.

Las razones de Chito eran diametralmente opuestas. Era el pequeño de tres hermanos y, al igual que ellos, durante el día disponía de plena libertad para entrar y salir de casa a su antojo. Su madre murió

por un cáncer de mama y a su padre solo lo veía por la noche, al llegar de la obra donde trabajaba como operador de grúa. En realidad, no había tanta diferencia en que el cabeza de familia anduviese fuera o no. Siempre era el primero de los cuatro en cenar. Siempre solo. Luego cambiaba el televisor de la cocina por el del salón, donde se dejaba caer sobre el sofá agarrado al mando a distancia. Si abandonaba su hermetismo, normalmente era para explicarles a sus hijos que al día siguiente madrugaba y no quería ruidos.

Chito se marchaba a casa cada mediodía por una razón de lo más sencilla; no tenía dinero ni para una hamburguesa. Los únicos diez euros que su padre le pasaba los fines de semana estaban destinados a los respectivos botellones del viernes y del sábado. Y no había más. —¡Este sitio apesta fritanga! —Fue el saludo de Rícar en cuanto alcanzó la mesa de sus amigos—. No sé por qué siempre quedamos en esta pocilga.

—Porque por aquí pasan todas las tías buenas que vienen al centro comercial —aclaró Chito.

—Digo yo que las feas también pasarán por aquí, o es que tienen un acceso especial —dijo con ironía Rícar.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Vergara poniéndose en pie. Conocía la sintonía de los otros dos y no le apetecía que le arruinaran la tarde.

—¿Y si vamos al *cyber* y nos metemos en algún juego en red? —sondeó los ánimos Rícar.

—¿Y si nos metemos en el Foro del instituto? —intervino Vergara.

—¿«Alumnos\_del\_camilo\_cela.org»? —planteó Chito con escasa convicción.

—A veces hay algún cotilleo interesante.

—¿Hay un Foro en Internet de nuestro instituto? —se sorprendió Jaime.

—Un Foro, un Chat, un álbum de fotos y vídeos, una página oficial de información... —aclaró Rícar.

—Necesitaremos alguna contraseña para utilizarlo —aventuró Jaime.

—¡Mira que eres bruto, tío! —le dio una palmada Rícar en el hombro a la vez que sonreía.

Jaime se giró bruscamente y apuntó con un dedo a Rícar. Le advirtió con la mirada que no volviera a tocarle. Rícar comprendió de inmediato, ya que nada más percatarse de su expresión iracunda apartó la mano.

—¿Nos movemos? —Vergara se puso en pie y pasó entre Jaime y Rícar tratando de quitar hierro al asunto.

Tras unos instantes, el grupo se puso en marcha sin que la disputa fuera a más.

Josema echó a andar en último lugar como si se tratara de un gigante perfectamente amaestrado, oculto en su largo y alborotado pelo negro, sin llegar a despegar los labios.

6

**H**abía transcurrido poco más de una hora desde que llegó del instituto,

pero Adrián se levantó de la breve siesta con un humor muy diferente. A pesar de que el día en clase no había sido para enmarcar, ahora disponía de toda la tarde para emplear el tiempo a su antojo.

Levantó la persiana del cuarto y se dirigió al baño. Una arruga de la cabecera se le había marcado en la mejilla, y aunque se lavó la cara varias veces no desapareció. Con bastante acelerado, se puso crema hidratante y dejó el frasco de cualquier forma. Ya llevaba retraso. Se sentó frente a la pantalla y el ritmo de sus pulsaciones aumentó mientras aparecía y desaparecía el *logo* del fabricante informático y el

ordenador terminaba de arrancar.

Nada más conectarse apareció el primer anuncio. Adrián no entendía por qué a la gente le disgustaba tanto que le saltaran páginas de promoción mientras navegaban por Internet. De acuerdo. Lo mismo trataban de venderte un coche, un viaje, un apartamento en la playa, que la suscripción de una página de vídeos musicales, fotografías de mujeres y hombres sin apenas ropa —o sin nada de ropa directamente—...

Era innegable. Cualquier cosa. Pero Adrián entendía que aquel era el método por el que se financiaba la libertad del usuario a la hora de moverse por la Red; de tener acceso gratuito a absolutamente todo el conocimiento humano, al contacto con cualquier persona de cualquier país del globo. Ellos trataban de vender su producto y se limitaban a lanzar el anzuelo.

Lo cierto era que Adrián encontraba alguno de estos mensajes, no solo divertidos, sino también didácticos.

Internet. A veces se preguntaba cómo las generaciones anteriores se las habían arreglado para sobrevivir sin la Red de redes. Él, al menos, no sería capaz. No ahora. Conociendo el otro mundo que flotaba frente al monitor. La ilimitada cantidad de personas que habitaban a ese lado. Un mundo en el que al menos podías elegir tu camino con total naturalidad y sinceridad, en el que en cualquier instante podías desaparecer.

Y al mismo tiempo un mundo tan real y sincero. Tan amplio y diverso. Tan tolerante. Libre.

Sin embargo, Internet no solo le aportaba a Adrián la libertad que a menudo no hallaba en su mundo físico; en su día a día, junto a la gente y las normas con los que convivía. Era mucho más que eso. Le permitía conocerse a sí mismo. Interesarse por los temas que le inquietaban sin tapujos, sin el filtro de una conciencia social que en ocasiones se transformaba en un muro que se interponía entre él y su libertad.

En aquel mundo contaba además con una persona con la que conversar con sinceridad y sin cortapisas. Que le conocía tal y como era; sin ninguna de las capas con las que se cubría habitualmente en casa, en el instituto... A pesar de ser una persona intangible y desconocida,

a menudo, sentía que era quien mejor le conocía. La única que le veía como en realidad era; quien más lograba acercarse a su esencia.

Por alguna razón, con ella dejaba de sentirse mediocre.

Adrián amortiguó el ronroneo del ventilador del ordenador sintonizando una emisora local en la que en ese instante se escuchaba una canción de Mecano. La dulce voz de Ana Torroja le resultó de lo más apropiada.

En cuanto abrió su cuenta de correos, tres mensajes de Luna Nueva coparon su bandeja de entrada. Una sonrisa invadió su rostro.

Se conocieron en el Foro del instituto pero a las pocas semanas acordaron hablar por el Chat privado. No tardaron en descubrir que compartían multitud de gustos e intereses, y de este modo contarían con absoluta intimidad en sus charlas.

Leyó varias veces los mensajes. «¿Dónde estás?» –le decía–. «¿No vas a conectarte hoy?». «Si te apetece hablar, voy a estar conectada un rato más».

—Hola, Luna Nueva. Soy el Espía Rojo, ¿sigues disponible? –escribió Adrián.

—Depende para qué –la contestación de Luna Nueva apareció enseguida y consiguió arrancarle una sonrisa.

—Ya sabes que mi interés es limitado -bromeó.

—Lo sé... Estoy haciendo un trabajo para clase. La profesora nos ha pedido una redacción sobre una frase de un escritor austriaco: «Las cadenas solo atan las manos, es la mente lo que hace al hombre libre».

¿Alguna idea?

—Que vuestra profesora es un «callo», ja, ja –tecleó Adrián–. El mensaje está muy bien pero creo que no tiene aplicación en la realidad. Vivir en sociedad te impone cumplir ciertas normas. O sea, que te impide ser libre. ¿De qué sirve sentirte libre si luego la sociedad no te deja serlo? ¿De qué sirve escribir que todo es de color si luego el mundo que nos rodea es gris?

—Puede que el mundo a veces resulte gris. Pero cada persona que se siente libre y que respeta la libertad de los otros, supone un punto

de color en el fondo gris.

—Me parece que serán muy pocos puntos de color.

—Imagina que todos aportáramos nuestro particular punto de color. Los puntos de color se multiplicaran por diez, por cien, por mil, por un millón. Al final obtendríamos un mundo de color con unos cuantos puntos grises. Por eso es necesario que no nos desanimemos solo porque a algunos de los que nos rodean les guste el mundo gris que están heredando.

—Echaba de menos tu optimismo. Qué bueno es tenerte.

—Siempre me encontrarás. Al menos, si no te retrasas tanto como hoy. Me tengo que marchar.

—Dime una cosa antes de irte, ¿cómo lo haces para no desanimarte nunca?

—¡Claro que me desanimo! Brillar es mucho más agotador que ser gris. ¡Pero es tan reconfortante...! No mires la negra noche ni el oscuro mar, sino el punto de luz del faro...

—¿Otra frase de ese escritor austriaco?

—No, está es mía, ja, ja... Adiós.

—Hasta mañana.

Adrián no sabría decir si permaneció uno o cinco minutos leyendo y volviendo a leer cada frase de la conversación.

A veces no sabía qué haría sin ella, o sin él, pues no estaba seguro a ciencia cierta de su identidad real. Él no se lo había preguntado, y Luna Nueva nunca se lo había comentado. De cualquier forma, para él no supondría ninguna diferencia.

Llevaba chateando con Luna Nueva más de un año y todavía no la conocía físicamente. Y tampoco quería hacerlo. Lo único que parecía evidente era que pertenecía a su instituto pues la conoció por Internet a través del Foro del Centro.

Adrián la consideraba una especie de compañera de viaje. Una compañía sin rostro pero, tan reconfortante, que a través del ordenador le aportaba más que el resto de personas con las que tenía contacto a diario; aunque las viera y hablara con ellas frente a frente cada día.

No estaba seguro si se debía a su naturalidad, a su espontánea sinceridad, o al toque filosófico, e incluso cursi, de algunos de sus mensajes.

Lo cierto era que nadie lograba motivarle tanto para enfrentarse a la realidad. Para seguir adelante.

Luna Nueva era la única capaz de convencerle de que era especial.

Adrián abandonó el Chat y apuntó con la mirada a la mochila. Calculó las tareas que tenía del instituto y el tiempo que le llevarían. Resopló ante la perspectiva. Un examen de biología y otro de literatura en tres días y un considerable número de ejercicios de matemáticas para mañana.

Un par de horas como mínimo, y si además quería ir a nadar...

No andaba precisamente sobrado de tiempo, pero recordar la página del instituto le había despertado la curiosidad. Tecleó «alumnos\_del\_camilo\_cela.org» y se saltó la presentación. Pasó por alto las casillas de Actividades para alumnos, Fotos, Vídeos, Asignaturas, Profesores...

Y se fue directamente hasta el de Foro de Actualidad. En realidad, esta sección se podría llamar perfectamente últimos cotilleos, pues cualquiera podía colgar la noticia que le viniera en gana. Con todo, a veces alguien escribía cosas interesantes.

Aparecieron una docena de reseñas, con su fecha de publicación y firma respectiva. Empezó a leer:

—Últimas parejas del *insti* —no solo de alumnos—. Nuevo horario de biblioteca. Vendo portátil. Novedades sobre el viaje de fin de curso. Contactos varios. —hizo un guiño y realizó un clic con el ratón—. Hola. Me llamo Adrián, tengo casi diecisiete añazos y voy a Primero-B. Soy una gatita de ojos verdes con las uñas muy afiladas —un temor frío apareció tras los ojos marrones de Adrián al leer aquello. Aunque le pareció más urgente continuar leyendo que respirar, fue interiorizando las sílabas una a una, despacio, como si apenas supiera leer—. Antes de comerme los ratones me encanta divertirme con ellos. Si el tuyo es juguetón yo soy tu gatita. Llámame. Mi número es...

Su número de móvil era exactamente el que aparecía allí. Adrián quiso desaparecer de la faz de la Tierra y no regresar jamás. No solo

que desapareciera su carne, sus huesos y sus vísceras, sino también su esencia, su entelequia, su alma. Quiso no haber existido jamás.

El apunte estaba firmado por los Cinco Magníficos.

—Los cinco capullos. Los cinco cobardes. Los cinco mierdas —gritó en un susurro Adrián, con una impotencia que se le escapaba por cada poro de la piel.

Se puso en pie desplazando la silla del ordenador más de medio metro. Abrió el cajón de la mesita y cogió la pequeña funda de sus lentillas. No tenía ningún defecto de visión, simplemente le gustaba cómo le quedaban. Escondió sus ojos marrones tras las lentillas de plástico verde oliva y se miró en el espejo del armario. Regresó frente al monitor y desconectó Internet.

Solo entonces se sintió solo.

«Libertad es desaparecer con solo pulsar un botón». Pensó.

Adrián estuvo riendo media hora la primera vez que escuchó que el hombre es libre. En aquella ocasión rió en silencio, por dentro. Estaba en clase y no podía ponerse a reír a cuerpo partido.

Libertad era pulsar un botón y desaparecer. Desaparecer uno mismo y quedar en silencio y en soledad. Ya que si tuvieras la posibilidad de anular a los demás, eliminarlos para no tener que desaparecer tú, estarías aniquilando su libertad.

A Adrián le asustaba que por su cabeza cruzaran pensamientos tan enrevesados. Pero aparecían en su mente sin proponérselo. Y cuanto más trataba de apartarlos de su cabeza, más persistentes se convertían. En alguna ocasión había vuelto a escuchar aquello de que el hombre es libre y otras perogrulladas del estilo. Sin embargo, aquellas veces había preferido no reír.

7

**M**ientras Adrián trataba de defenderse con todas sus fuerzas, no

conseguía pensar en otra cosa que en sus lentillas verdes.

Los insultos de ayer en el Foro del instituto habían acabado con cualquier atisbo de reticencia. Eran su mejor baza para plantarles cara a Jaime y a todos los que eran como él. Descartados los puños, suponían un estupendo modo de dejarles claro que no se iban a salir con la suya por más que le insultaran, por mucho que le hostigaran. Al principio, cuando Jaime se acercó rodeado de los cuatro de siempre a la salida de clase, creyó que le lanzaría las dos frases despectivas de costumbre y que le dejaría en paz. Y, en un principio, tal vez esas eran sus intenciones. Quién sabe.

—¡Eh, Adrián! ¡He visto tu anuncio en Internet! —gritó Jaime mucho antes de llegar a su altura.

Adrián bajó rápidamente los ojos —parapetados tras sus lentillas verdes— hasta fijarlos el cordaje de su calzado; unas zapatillas de un tono naranja pálido.

Ya habían salido del recinto del instituto pero decenas de compañeros pululaban por los alrededores.

Adrián avanzó dos pasos en lo que se le antojó una eternidad. Vestía una de sus prendas favoritas; un polo color kiwi, que habitualmente combinaba con las lentillas y sus vaqueros desgastados.

—¡Qué guapa te has puesto! ¿Tienes hora para esta tarde? —los gritos de su compañero de clase seguían siendo desmedidos, y terminaron por atraer la atención de un puñado de estudiantes.

Una explosión de rabia y furia se propagó en el interior de Adrián. No obstante, sabía que no tenía que responder a sus impertinencias,

lo había escuchado en un reportaje de televisión. Lo que más le dolía a este tipo de fanfarrones era que el otro aparentara indiferencia.

Sin despegar la vista de las baldosas de hormigón de la acera, cerró las manos sobre las asas de la mochila y trató de pensar en otra cosa.

—¿Cobras por tiempo o por mamada?

Eso lo dijo cuando Adrián cruzaba a su altura. No gritando, sino dulcemente. Recreándose. Con una insulsa sonrisa en la boca.

El ofendido había aguantado peores vendavales. Sin embargo, fue en esa ocasión precisamente cuando estalló. Por primera vez trató de golpear a alguien con el puño cerrado, deseando con todas sus fuerzas alcanzar su objetivo, con la intención de producirle el mayor daño posible.

Jaime era un palmo más alto, y Adrián se vio de pronto de puntillas y con el brazo por encima de su cabeza.

Josema fue el único que se mantuvo callado. Rícar, Chito y Vergara, quienes se encontraban al lado de Jaime, rompieron en carcajadas cuando Jaime esquivó el golpe con un leve movimiento a su derecha y respondió con un puñetazo que se estrelló certeramente sobre la boca del estómago de Adrián.

Este se dobló por la cintura. El golpe le había cortado la respiración.

Se colocó de rodillas en busca de un sorbo de aire.

Jaime le pasó su mochila a Rícar y golpeó a Adrián en el hombro con la planta del pie, marcándole en el polo verde la suela de sus zapatillas.

Adrián cayó boca arriba.

Sin otorgarle un respiro, Jaime arrojó sobre Adrián su metro ochenta y cinco y su mayor musculatura, y se situó a horcajadas sobre él. Aprisionó sus brazos bajo sus rodillas. Entonces, le inmovilizó la cabeza con las manos. Le habló a un palmo de la cara.

—Pobrecita la gatita, con lo guapa que se había puesto.

Adrián trató de librarse del cuerpo que le aplastaba con todas las energías que encontró, pero era como intentar desprenderse de una lápida de mármol.

El espectáculo había logrado congregarse a una pequeña multitud en derredor y, ahora, tanto él como Jaime, se encontraban encerrados por

un círculo de piernas interminables y rostros excitados.

Adrián empezó a ser consciente de lo que ocurría en las inmediaciones.

Acto seguido, su frente, su cuello, todo su cuerpo, comenzó a perlarse por gotas de sudor.

Las miradas lo estaban acuchillando. Las risas y las voces del gentío que les rodeaba penetraban hasta sus entrañas, hasta su cerebro, produciéndole pequeños cortes en su interior; como si fueran diminutas hojas afiladas.

Él se negaba a dar su brazo a torcer, pero sus posibilidades eran similares a las que posee una hormiga frente a una persona que se ha propuesto pisotearla.

—En qué lentilla prefieres.

Adrián no comprendió a qué se refería.

—Probaré con la derecha —insistió el otro.

A continuación, observó como Jaime preparaba un salivazo y le apuntaba a la cara.

Rícar, Chito y Vergara habían dejado de reír pero la situación continuaba divirtiéndoles. El gentío se limitaba a observar.

Adrián trataba, inútilmente, de defenderse con todas sus fuerzas.

8

**P**aco vivía en un pequeño apartamento de la parte antigua de la

ciudad. Era viejo y algo destartado, pero se ubicaba en un remanso de tranquilidad en medio del caos de amplias avenidas y motores rugiendo a todas horas. Eran precisamente las calles desbordadas el motivo por el que se tardaban quince minutos en cubrir el trayecto hasta el instituto tanto si se realizaba en coche como en bicicleta.

El profesor de Lengua ajustó la cartera de cuero a la cesta de la bicicleta de paseo y pedaleó hacia la salida del recinto del instituto. Al igual que el resto de profesores contaba con una taquilla en el Centro, sin embargo, tal día como aquel, cuando sometía a alguna prueba a sus alumnos, solía llevarse la cartera con los exámenes para adelantar trabajo en casa.

En cuanto abandonó las instalaciones educativas, le llamó la atención un tumulto de muchachos que se arremolinaba sobre la acera.

Cuando estuvo a su altura trató de averiguar qué ocurría. Entre el maremagno de voces, rostros excitados, carpetas, mochilas y cuerpos en puntillas, le pareció distinguir a dos chicos forcejeando por los suelos. Frenó. Se bajó de la bicicleta y la dejó de cualquier forma. El quejido del metal contra el asfalto atrajo un puñado de miradas.

—¡También nos vas a dar lecciones fuera del instituto! —se interpuso Chito en el camino de su tutor.

—Aquí no soy tu profesor ni tu tutor, Fernando.

El chico acogió las palabras sin inmutarse. Inclino el mentón ligerísimamente. Sus ojos ambarinos y atentos, su nariz recta, su barbilla delgada...

El rostro de Paco, ya de por sí anguloso, se afiló un poco más. Su mirada parda y calculadora se transformó en la de una rapaz.

—¿No lo entiendes, chaval? Aquí fuera no te conozco —insistió el profesor, quien le concedió unos segundos—. La próxima vez que amenaces a alguien recuerda que no tiene por qué aguantar tus impertinencias.

No tuvo que decirle que se apartara. Las palabras de Paco, su tono firme, su rostro sereno y sin resquicios, sí convencieron a Chito en esta ocasión. Retrocedió dos pasos con una expresión de sorpresa que se le escapaba por los ojos. Era la primera vez que alguien le trataba como a un hombre, y algo en su interior le susurró que todavía no estaba preparado para actuar como tal.

Paco ya no se detuvo ante nadie más. Iba abriéndose hueco entre los jóvenes —algunos de ellos alumnos suyos— a medida que avanzaba. Al cabo de media docena de pasos se plantó a dos metros del motivo de la algarabía. El más detestable de sus alumnos se encontraba sentado

en el pecho del que comenzó el curso siendo el más prometedor de una de sus clases de primero de Bachiller. Tal vez tuviera delante el motivo del bajón académico.

—¡Suéltalo! —ordenó Paco.

El jaleo de voces y gritos redujo su volumen de súbito.

—Tú aquí ni cortas ni pinchas, así que lárgate —el brillo de los ojos oscuros de Jaime desprendían un halo de prepotencia.

El profesor de Lengua y Literatura Española tomaba aire en ese preciso instante. Eso le ayudó a controlar su primer impulso de agarrar por la pechera al muchacho y lanzarlo contra la valla del instituto.

Paco era de estatura y corpulencia similar a la de su alumno, que también era alto y se mantenía en buena forma, pero ahí terminaban las similitudes entre él y el chico diez años menor.

Paco tenía más que calado a su alumno —no hacía tanto que él había sido un adolescente en un diminuto pueblo del interior—. Jaime no se reservaba nada, no invertía ni un poquito. Lo dedicaba todo en vivir aquí y ahora: aquí, ahora y como a mí me dé la gana, aunque significase arramblar el terreno de los demás.

El profesor conocía lo complicada que era la situación de Jaime en casa, o al menos parte de ella, y eso le había valido que pasase por alto actitudes que no solía tolerar. Desde el principio combatió con mucha mano izquierda sus faltas de asistencia, sus flojos resultados académicos y, sobre todo, su afán de boicotear sus clases. A pesar de que había hablado varias veces con su padre, siempre por teléfono pues según decía estaba muy ocupado en el taller. Al no lograr que su comportamiento mejorase, dejó de hacerlo, pues lo único que conseguía era que Jaime acudiera al día siguiente con una mejilla más hinchada que la otra.

—¡Que te pires, chupatintas! —exclamó Jaime.

Varios gargajos se esparcían por el suelo, a un lado y otro de las orejas de Adrián. La expresión de este no era de pánico, ni siquiera de miedo; estaba enrojecido y muy serio, pero no expresaba nada. Se mostraba impasible, igual que el que aguarda a que termine algo que antes o después concluirá.

—Deja que se vaya —dijo el profesor, despacio.

—¿Estás sordo? ¿Qué parte de «¡que te largues!» no has entendido?

—gritó Jaime con el mismo desprecio que si se dirigiera a su peor enemigo.

El profesor se mantenía inmóvil y con los puños cerrados. Igual que una granada de mano sin anilla colocada sobre un inestable montoncito de arena.

Paco tenía veintisiete años. Era joven, pero no tanto para saber que si le tocaba un pelo de la ropa a Jaime podían expulsarle del instituto y hasta del Cuerpo de Profesores. Del mismo modo era todo un adulto, pero no con tantas decepciones ni sinsabores profesionales como para desentenderse de aquella situación. En aquel momento, el porqué era lo menos importante. Lo fundamental era que había decidido llegar hasta el final de aquel enfrentamiento, fuesen cuales fuesen las consecuencias. Al menos, ese fue su rápido análisis. La decisión de ese día en ese instante. Si la situación se complicaba, las consecuencias legales podían ser muy graves.

Paco sacó su teléfono móvil y marcó varios números.

—¿Policía? —dijo al abrirse la línea, en voz muy alta—. Necesito que vengan enseguida al instituto Camilo José Cela. Un chico está agrediendo a otro.

Jaime sonrió con media boca. Realizó una caricia en la mejilla a Adrián y se puso en pie.

—Solo estábamos jugando, hombre. Ya nos veremos —se despidió, alejándose con pasos lentos. Aún masculló alguna palabra malsonante, pero resultó ininteligible para Paco.

El profesor continuaba enganchado al teléfono.

—Ya no es necesario que acudan —dijo y guardó el aparato.

Se aproximó dos pasos hasta Adrián.

—¿Estás bien? —preguntó y le tendió una mano.

Adrián no contestó enseguida. Se levantó por su cuenta y se sacudió el polvo de los tejanos y la camiseta.

En los segundos siguientes, la multitud comenzó a dispersarse. Al principio de forma remolona, pero al momento daba la impresión de

que allí no había ocurrido nada.

—No deberías haber hecho eso —comentó Adrián cuando parecía que ya nadie les prestaba atención.

—Pero te estaba...

—No ha pasado nada, ¿vale? —sentenció Adrián.

—Si necesitas ayuda solo tienes que pedirla.

Adrián miró a su profesor como si no entendiera nada.

—Solo quiere que todos le miren. Sentirse en el centro... —Adrián se dirigió a su profesor pero también hablaba para sí mismo.

«¿Cómo he sido tan estúpido?». Pensó.

—Por favor —continuó Adrián tras la breve pausa—, no te metas en esto.

—Si tú no se lo dices a tus padres, se lo diré yo.

—Ya soy mayorcito para arreglármelas por mi cuenta —dijo Adrián con aire crispado, aunque enseguida pareció recapacitar. Relajó el tono de voz como si acabara de comprender que el que tenía delante no era su enemigo. Solo alguien que no comprendía nada—. Mis padres harían un drama si se enterasen. O sea, exactamente lo que busca Jaime. Si de verdad quieres ayudarme no te metas en esto, Paco. Por favor.

Como si poseyeran una atracción que no le permitieran ver más allá, el profesor quedó absorto en las lentillas verdes de Adrián. Como si aquellas diminutas láminas circulares de plástico tintado, conformasen un escudo perfectamente angulado.